

Animales muertos en la carretera

La hija y el padre llevan algún tiempo sin verse. La última vez todo terminó mal y ahora no será diferente. Ella conduce lento, muy lento. A él no le molesta porque así puede ver por la ventana y memorizar, hasta donde puede, los rasgos y el orden de los cadáveres que yacen en los costados de la carretera. Algunos todavía están en la mitad de la calzada. Son los más frescos, piensa él. Quisiera bajar a tomarles fotografías, pero sabe que ella no se lo va a permitir y además retrasaría el viaje. Es un pasatiempo al que le ha dedicado varios años y guarda aún la esperanza de exponer sus fotografías de animales atropellados.

A cambio de una amena conversación entre viajeros, suena una pieza de Argerich. El sonido frenético de las teclas incrementa la tensión. Él se atreve a bajar un tanto el volumen con la intención de decir algo que nunca dice. Solamente la mira: botas de cuero y pantalón de marca, un abrigo negro apeñuscado entre ella y el asiento, pelo lacio como el de su madre y una falsa concentración en el camino.

—¿Estás leyendo algo? —le pregunta ella sin apartar la mirada del frente.

—No mucho, revistas de cuentos y periódicos—. Vuelve el silencio incómodo por algunos minutos. Cerca de un letrero que anuncia una curva pronunciada aparece el primer cuerpo. Él baja el vidrio para tener mejor vista; se trata de un gato, lo que queda de un gato. La piel de su vientre está aplastada contra el pavimento negro y de lo que alguna vez fue la cabeza queda una mancha roja grisácea con una hilera de caninos bien conservados. Tres de sus patas aún lucen intactas. Era un gato amarillo con rayas atigradas. Calcula, por el estado de putrefacción, que debe llevar una semana allí.

—¿Y tú? —pregunta él sin dejar de buscar en la carretera próxima más restos de animales. Ella lo mira interrogante y baja otro poco el volumen del radio.

—Que si estás leyendo algo —dice con voz cansada.

—Sí, *La bailarina del camafeo*, una novela —dice ella esperando la respuesta, como el cazador que instala una trampa.

—No la conozco —dice él, mientras advierte que unos metros adelante hay otro cadáver. Esta vez es un ave. Una paloma o una tórtola. Sus alas están totalmente extendidas, dejando ver un ordenado y sucio plumaje. El cuerpo y la cabeza tienen ahora la forma tiznada que deja la frenada de una rueda. Diez o doce días, piensa él. Se pregunta por qué ella habrá querido traerlo. Tantos años sin verse y ahora pretende engañarlo con novelas que no existen.

El clima desmejora un poco. Ella acelera en dirección al cielo atiborrado de nubes negruzcas, cargadas de agua y truenos. Un nuevo cuerpo en la berma. Es un perro. Él baja otra vez el vidrio para ver. Tal vez un perro callejero o de una finca cercana. Tiene la apariencia de una dulce mascota durmiendo con sus ojos cerrados y su cola extendida. Está completo y se podría decir que su cuerpo guarda aún algo de calor. El único vestigio de la muerte es el hilo de sangre roja que resbala por la calzada. No más de tres horas, piensa él. Ella baja casi todo el volumen de la música de piano y con tono de advertencia le dice que ya terminó de escribir su novela. No hay respuesta.

—¡Papá, que ya acabé la novela! —. El hombre se sorprende, sobre todo porque lo llama “papá”. No sabe qué responder. Le pide que vaya más rápido para no partir el día en dos. La verdad es que él sabe muy bien que la lluvia fuerte limpia de las carreteras la sangre y los cuerpos de los animales muertos. La hija lo mira incrédula, disminuyendo la velocidad casi a cero.

—¡No voy a ir más rápido! Quiero almorzar en el camino y hablarte un par de cosas—. Además del pelo, tiene el mismo tono regañón de su madre, el mismo ímpetu. En la cabeza de él queda rebotando la frase: “hablarte un par de cosas”. Así mismo diría su madre. Kilómetros más adelante, otro perro. Este es un pastor alemán o uno muy parecido. En su costado putrefacto se puede ver una hilera de costillas amarillentas. Las patas y la cola no son más que un revoltijo de tejidos fétidos y sangre seca. Una numerosa colonia de moscas habita y merodea los restos. Varias de ellas salen y entran revoloteando por los agujeros en los que estuvieron los ojos. El hocico abierto es una caverna oscura y vacía que asemeja una carcajada siniestra. Es una lástima no tomarle una fotografía.

—¿De qué se trata? — Ella mira preocupada que el marcador del combustible está en rojo.

—¿Qué cosa, papá? —. Por segunda vez en aquel día y en quince años lo llama papá. Es inevitable el desasosiego que le produce esa palabra.

—Tu novela, ¿de qué trata? — Dice revisando el horizonte negro en busca de otro cadáver.

Paran en la gasolinera en la que también hay un pequeño café. No es lo que ella tenía en mente, pero hay mesas y sillas. Un miedo repentino lo invade recordando que deben hablar “un par de cosas”.

—Es una autobiografía. La van a publicar el mes que viene. Es la historia de mi vida, de mi niñez. Todo—. Bajan del auto y caminan, ella adelante de él, hasta el mostrador. El padre pide un café oscuro, nada más. Mientras lo sirven, piensa que ya no hay luz natural para ver cadáveres. Las primeras gotas de lo que será un vendaval ya se oyen en el techo del local. Ella pide otro café. Una mesa sucia y pequeña con sillas

redondas atornilladas al piso en las que quedan los pies suspendidos en el aire. Dos cafés, canta la mesera mientras pone los vasos de cartón humeantes.

—Justamente es sobre mi novela de lo que te quiero hablar, de lo que me pasó. De nuestra historia—. Lo mira fijamente con sus ojos húmedos y apunta con el dedo tembloroso al techo en el que trepida el aguacero. —Ya vengo, voy al baño— dice ella recordando que se prometió no llorar frente a él.

La ve alejarse con su abrigo negro arrugado. Las náuseas incontrolables, provocadas por el miedo y la zozobra, lo obligan a salir del lugar. Tarda pocos segundos en quedar totalmente mojado. Arrastra los pies hasta la salida de la gasolinera y mira su reloj como si estuviera esperando a alguien. Un auto indiferente pasa a gran velocidad, levantando una ola de agua que lo deja tambaleante por un momento. Camina veinte o treinta pasos por la berma revisando que ya no quede rastro de ningún animal atropellado. Quiere cerciorarse de que no haya cuerpos desmembrados, aplastados o podridos por ahí. Las luces de un inmenso camión parten la cortina de agua en dos. Viene muy rápido, muy cerca. Sabe que no hay salida. Todo se va a saber. Sin dudarlo corre hacia el asfalto mojado.

Sentada en el inodoro, ella piensa si valió la pena traer a su padre. Sí, era necesario verlo y buscar en su mirada algún asomo de angustia o arrepentimiento. Sale del baño y encuentra la mesa con los dos vasos de cartón. Él ya no está. No le importa. Va a seguir sola su camino. Pero antes, va a tomar el café frío y esperar un rato a que escampe. Ella sabe muy bien que la lluvia fuerte limpia de las carreteras la sangre y los cuerpos de los animales muertos.